

## RESEÑA DE LIBROS

### I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

TACITE. — *Annales*, tome I, livres I-III. Texte établi et traduit par P. WUILLEUMIER.

París, «Les Belles Lettres», 1974, LXII + 201 pp.

TACITE. — *Annales*, tome II, livres IV-VI. *Id.*, 1975, XIII + 129 pp.

La estructura de ambos tomos es la habitual de la editorial francesa: prefacio, introducción, selección bibliográfica y siglas sobre códices y ediciones. Un breve sumario precede a cada uno de los libros que forman el cuerpo de la edición, con texto latino y traducción a derecha e izquierda respectivamente, aparato crítico al pie del texto latino y notas al pie de la traducción.

Wuilleumier, buen conocedor de Tácito (cf., entre otros trabajos, *Tacite. L'homme et l'oeuvre*, París 1949), pretende con esta edición reemplazar a la de Goelzer «déjà vieille d'un demi-siècle» (pref.). Y en efecto, la mejora notablemente en la Introducción donde aborda los siguientes aspectos: I Concepción de la obra; II Valor histórico; III Valor literario; IV Tradición manuscrita y ediciones; V Selección bibliográfica.

Es una síntesis rápida, clara y precisa, basada fundamentalmente en los testimonios del propio Tácito. Sin embargo, W. se extiende con más detalle en un problema que le es muy grato, el de la imparcialidad (XXI-XXXVII). Señala en este sentido cómo, a pesar de los ideales del historiador, tendencias múltiples de carácter político o social, filosófico o psicológico, dramático o retórico actúan en sentido contrario. Sintetiza el análisis de Tácito sobre cada reinado, su actitud ante la religión, el ejército, los provinciales y los bárbaros mostrando cómo el pesimismo se adueña del historiador abocándole a la deformación histórica (XXXVII). Para el apartado III, por el contrario, nos sorprende la brevedad con que W. lo trata y el que no haya incorporado, p. ej., algunas de las ideas del estudio de J. C. Chausserie-Laprée (*L'expression narrative chez les historiens latins*, París 1969). Resulta demasiado sucinto también el apartado IV, donde en media página despacha el problema del famoso manuscrito *L*, sin apenas dejar entrever su importancia.

La traducción, dice, «s'efforce de concilier les tendances opposées de Burnouf et de Goelzer», la de aquél más libre, pero más elegante y con mayor virtualidad para reflejar mejor el pensamiento de Tácito, la de éste más literal y, a veces, tanto o más densa que el original. W. da una traducción cuidada, exacta y elegante, pero

está más cerca de la de Goelzer que de la de Burnouf por la densidad de sus expresiones y de su literalidad. Contrástense estos casos elegidos al azar: I 1, 1 *neque tribunorum... uoluit* (W. más literal y elegante); I 4, 2 *pars multo maxima... differebat* (W. más conciso: «la plupart»; G.: «le plus grand nombre, et de beaucoup»); I 4, 5 y I 6, 3 (W. más preciso y más moderno); I 5, 4 *potiri rerum* (mejor en W.).

Las notas constituyen otra mejora sustancial. Compárese la proporción: G. 21 ns. en el I. I; W. 23 ns. en sólo 3 caps. del I. I. Son breves, a veces en exceso, y muy variadas. Predominan las de carácter histórico; pero las hay de carácter geográfico o prosopográfico, aclaraciones léxicas o institucionales, precisiones gramaticales o estilísticas, citas de pasajes paralelos, referencias bibliográficas de autores modernos o breves razonamientos para precisar la traducción. En definitiva, W. trata de ofrecer con ellas una base para el comentario, pero su excesiva disparidad las vuelve menos útiles. Tal ocurre con las estilístico-gramaticales, que apenas tienen entidad suficiente para dicho fin. A veces parecen material de relleno.

El texto presenta numerosas modificaciones respecto al de G. W. rechaza las variantes de *M* para «adopter l'orthographe classique et unifier la forme de même mot ou des mots de la même faille» (LIII): *-es* por *-is* (ac. pl.); *-i* por *-ii* (gen.), etc. Basta seguir las variantes del aparato crítico para hacerse una idea de la ortografía del manuscrito. Las repeticiones se evitan mediante muletillas, como *ut plerumque, ut semper*. Además de la ortografía, W. corrige en numerosas ocasiones lecturas de G. apoyadas en conjeturas o correcciones, v. gr., I 4, 4: W. = *exulem* y *aliquid* de *M*; G. = *exul* Muret y *aliud* Nipperdey. I 8, 1: W. = *agi passus nisi* de *M*; G. = *agi passus est nisi* Nipperdey. I 8, 3: W. = *ex quis* de *M*; G. = *ex quis qui* Bezzenger. Así, en otros muchos casos.

El tomo II responde a los mismos criterios que el I. Contiene sólo los libros IV al VI, hecho que justifica W., creemos que razonadamente, frente a la distribución de G. En la Introducción se actualiza la bibliografía citando en este caso a Chausserie-Laprée, pero sin utilizarlo en el cuerpo de la edición. Las notas superan a la de G., en variedad y número; y la traducción también es mejor, a nuestro juicio. Contrástese el IV 41. El primer párrafo, *Rursus... de matrimonio*, G. lo traduce: «Séjan revient à la charge, non plus pour parler de mariage»; W. abrevia: «Séjan récidive sans plus parler de mariage». En el segundo, *sed altius metuens... deprecatur*, G. rompe el ritmo de la frase tacitea (part. más verbo): «mais... étaient... et cherche»; W. lo conserva: «mais, concevant... il cherche...». En el tercero, *ac, ne... arcendo infringeret... aut receptando... praeberet... flexit ut*, G. rompe esa alternancia de finales negativas y gerundio más verbo principal que W. refleja en su traducción. Igualmente, para las frases que siguen (*multa... prouidebat / sua in manu aditus / populi adcursum*), resultan más elegantes y exactas las expresiones de W. que las de G. El aparato crítico es también más rico y completo. W. señala muchos casos en que el texto de G. se debe a correcciones no indicadas por éste (IV 12, 5; 15, 1; 16, 3; 17, 1); atribuye a *M* lecturas imputadas a los primeros editores (VI 1, 2; 2, 5; 10, 2; 31, 1) y acepta lecturas nuevas, como en VI 3, 1.

En definitiva, W. ha logrado una edición cuya consulta es obligada.

VICENTE PICÓN

BLOSSI AEMILI DRACONTI. — *Satisfactio*. Una cum Eugeni recensione edidit FELICIANUS SPERANZA. Biblioteca di Helikon, Testi e Studi, 9. Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1978, XXXI + 74 pp.

Los servicios prestados por Vollmer a la filología draconciaca fueron si no inmejorables, al menos impagables. Y he aquí que la ed. de Speranza viene a demostrar que nada hay durable e inamovible en el hacer filológico. A la magnífica ed. Vollmeriana de 1914 siguieron dos —por así decirlo— semiediciones<sup>1</sup> cuyo único valor reside en la traducción y el comentario que las acompaña, pues el texto, en ambas, es el *vulgatus* de Vollmer; pero el texto en cuestión claudica en algo: su poca seguridad paleográfica agravada por un exceso de conservadurismo. Quien primero lo denunció fue Hudson-Williams<sup>2</sup>; sin embargo nadie se atrevió a revisar el texto desde el principio volviendo de nuevo sobre la tradición manuscrita.

S. declara tener esta intención ya en la mismísima nota *ad lectorem*, y a fe mía que la cumple, aunque —no sé si por modestia— no apura sus posibilidades. Pero bastantes arrestos hay que tener para enfrentarse a un texto que contiene elementos biográficos y de *realia* fundamentales para el estudio de una vida ignota, y salir del trance, no sólo cumpliendo, sino convenciendo.

Esta ed., que es como un estadio intermedio en las investigaciones del editor, pues sigue a una serie de artículos críticos y precede a un estudio sobre la fortuna de Draconcio a través de los siglos, se beneficia de un rico acopio de materiales y de una notable experiencia. Consta de tres partes: *Praefatio* (pp. ix-xxxii), texto y aparatos (pp. 3-35) e índices (pp. 39-74), que comentaré en este orden.

El primero de los tres temas tocados en la *praefatio* es (cosa encomiable del editor) el del público conocido de Draconcio: la cuestión de la vida y la obra del poeta se resuelve a base de indicaciones bibliográficas en la n. 1, para pasar inmediatamente a dibujar algunas cuestiones referentes a la tradición medieval del poeta. Ésta es la razón por la que Eugenio de Toledo ocupa una buena parte de la *praefatio*: no sólo se trata de averiguar los móviles del obispo visigodo —S. se basa aquí sobre todo en la obra clásica de Reinwald— ofreciendo un paralelo ilustre en las personas de Vario y Tucca, sino que además —de forma bien poco explícita por cierto— se quiere hallar la relación de la obra cristiana de Draconcio en su tradición manuscrita con la de la *recensio eugeniana*: ¿será ésta la base de un capítulo del libro que promete sobre la *Fortleben* del poeta? El problema crucial que se plantea S. es el de la relación del cartaginés con la Península; aunque puestas así las cosas cabe preguntarse si no resulta más llamativa la tradición hibernico-sajona de Draconcio que la visigótica. Sea como sea, no se puede olvidar la relación del *Dracontius plenus* con los monasterios italianos de fundación irlandesa.

Habrà que esperar a que vea la luz la obra prometida por S. para ver si el silencio lleno de insinuaciones con que pasa sobre ciertos problemas de este jaez responde al «et aliorum quos tacuimus» de su p. x.

<sup>1</sup> Sister M. St. Margaret, *Dracontii «Satisfactio»*, with Introduction, Text, Translation and Commentary... University of Pennsylvania, Philadelphia 1936, y Salvatore Gennaro, *Draconzio, Satisfactio*, introduzione, testo, traduzione e commento, *Nuovo Didaskaleion*, Catania, C. S. A. C. 9, 1959, pp. 7-12.

<sup>2</sup> A. Hudson-Williams, «Notes on the Christian Poems of Dracontius», *CQ* 41, 1947, pp. 95-108.

Es de lamentar que la *descriptio codicum* sea más bien una *percursorio*, máxime cuando, a partir de los principios de S., cabía esperar una solución a la más que confusa y opinable explicación de Vollmer de la relación mediante entre la tradición general de la *Satisf.* y el MS de que disponía Eugenio al elaborar su recensión. Al hablar, por fin, de su ed. S. se muestra «at his best», ofreciendo como propina y para no sobrecargar el aparato crítico (pp. xxi-xxiii) una lista bien organizada de los «uitia orthographica, quibus et Draconti et Eugeni scatent libri». Supongo que más de un lector preferiría esta lista en el aparato crítico, porque muchas de las peculiaridades serían útiles para caracterizar el texto transmitido (pienso en las lecturas de *M(atritensis)* 10.029 y en la afirmada utilidad del texto eugeniano —*vid.* pp. xvi y xxii).

Del texto cabe destacar dos aspectos: externamente es de agradecer la cuidadísima tipografía; pero no parece muy afortunada, en cambio, la idea de intercalar en tipo de menor cuerpo la edición de la *recensio eugeniana*, porque el conjunto de la *mise-en-page* pierde limpieza y claridad, y llega a estorbar la lectura (*vid.* pp. 6-7, 9, 12, 15, 18, 21, 24 y 27-29). Por lo que se refiere al texto en cuanto tal, es muy fiable y presenta, respecto al texto vollmeriano de *MGH*, diferencias importantes en los vv. 1, 26, 39, 99, 125, 178, 204, 250, 265, 272 y 302; y *passim* puntuaciones distintas muy aceptables. Es evidente el hecho de que, si bien no hay un distanciamiento chocante del texto de Vollmer, el que ofrece S. está infinitamente mejor testimoniado y más firmemente cimentado que el de su predecesor, como lo prueban los dos aparatos de que dispone la ed.

El primero de ellos es de fuentes y testimonios: no es preciso advertir que las fuentes y paralelos, producto de la *Quellenforschung* vollmeriana, han sido cribados con buen sentido, quedando solamente los evidentes, a la vez que el conjunto se ve muy aumentado en referencias a la tradición draconciana y a los lectores. Dentro de lo posible se opera sobre contextos y no sobre simples palabras: precisamente por la calidad de este aparato se echa en falta un *stemma* previo a la ed. propiamente dicha, porque muchos lectores, sin duda, podrían plantearse la cuestión de la transmisión del *Dracontius plenus* a la luz de la excelente colación de los MSS puesta a contribución en el aparato de *lectiones uariae* (la caracterización de los codd. *D* y *PM* se hace, por primera vez, segura, en el aparato de S.), que hace reflexionar mucho sobre la colación de Vollmer: por lo pronto, y sólo voy a referirme a los 25 primeros vv. del poema, he certificado, de la mano de S., inconveniencias y errores de lectura cometidos por Vollmer en los vv. 1, 2, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 15, 16, 17, 21 y 25 (siempre sobre los codd. *D, V, F, P, M*).

Dos recriminaciones: no se puede aceptar de grado que no se adjunte una nota crítica al temible v. 94. Como tampoco acaba de convencer sobre el contexto la enmienda *lubrica membra* propuesta al v. 272, y ello a pesar de la argumentación ofrecida por S. en *MPhL* 3, 1978, pp. 213-218.

Hay que saludar, por último, la presencia de un *index* completo de palabras dotado de un contexto suficiente en cada caso, del que se dispone para la *Satisf.* por primera vez, pues el de Vollmer en *MGH* es simplemente selectivo, con lo que esto conlleva de ineficacia, o de utilidad ulterior.

J. M. DÍAZ DE BUSTAMANTE

THÉODORE DAPHNOPATÈS. — *Correspondance*. Editée et traduite par J. DARROUZÈS et L. G. WESTERINK. Ed. C. N. R. S. (col. *Le Monde Byzantin...*, sous la direction de P. LEMERLE), Paris 1978, XI + 263 pp.

Todo lo que se sabe de la vida de Teodoro Dafnopates es una magra relación de datos de su currículo administrativo: patricio y πρωτοασηκρητης (= jefe de la cancillería) en 925, bajo el basileo Romano I Lecapeno (914-944), retenía este título en 957, durante el gobierno personal de Constantino VII Porfirogénito (945-959), aunque, a lo que parece, con carácter honorífico, pues se le ve marginado en este período del despacho de la correspondencia oficial; en el corto reinado de Romano II (959-963) pasó de logoteta τῶν στρατιωτικῶν (= tesorero general del ejército) a ἑπαρχος (= prefecto de Constantinopla), alcanzando últimamente, acaso por galardón del retiro, el rango de μάγιστρος. Su curso vital debió fluir, por tanto, entre ± 895 - ± 965 p. C.

Algo más se conocía de su obra de hagiógrafo, homileta y epistológrafo, si bien está envuelto aún en conjeturas parte de ello y se había publicado poco. Fue lo primero, en 1910, dos discursos que editó en Petrogrado V. V. Latyšev: *Sobre el nacimiento del Bautista* (= PG, t. 84, 33-48) y *Sobre la traslación de la mano de este santo* (traslado de reliquia, de Antioquía a Constantinopla, que ocurrió en 5.I.956). Le pertenece también un *Elogio de Teófanos el Confesor*, publicado por Krumbacher en 1896, y suyo parece un *Martirio de San Jorge*, que editara asimismo Latyšev en 1911. Otras atribuciones de escritos no epistolares son más conjeturales o de piezas aún inéditas.

La presente edición significa no sólo la plena puesta a punto de cuanto concierne a nuestro autor (*Introduction*, pp. 1-27), sino la publicación íntegra de sus cartas. De éstas, se habían dado a conocer, antes, ocho por I. Sakkelion en 1883-1885 (= 1-7 y 11 de esta edición), y seis, pero adjudicadas a Teodoro de Cícico, por Sp. Lambros en 1926 (= 12 y 36-40 de esta edición), de las que Karlsson reeditó una (= 12).

El *corpus* epistolar completo que nos brindan ahora Darrouzès y Westerink es el que se contiene en el *ms.* 707 de Patmos, del monasterio de San Juan Evangelista, códice que había sido estudiado previamente por Darrouzès (*REB* 14, 1956, pp. 87-121), el cual *ms.* transmite las epístolas 1-35, y a ello agregan, en apéndice, las cinco cartas de atribución dubitada que, tomadas del códice *Vindob. Phil. gr.* 342, diera a conocer Sp. Lambros (= epístolas 36-40). Aunque puedan no pertenecer a Dafnopates, como conceden los coeditores, son dignas también de figurar en esta edición cuidadísima, junto a las de su inconcusa autoría. Corresponden, sin duda, a la época y ambiente en que aquél se desenvolvía.

Como era de esperar de la competencia magistral y especializada de Jean Darrouzès —a quien debíamos ya los *Epistoliers byzantins du Xe siècle*, 1960, y otros estudios y ediciones modélicas (véase *EMERITA* 36, 1968, pp. 151-154)— asociada a la de Westerink, que nos dio, en 1973, las epístolas de Nicetas Magistros y, en unión con Jenkins, las del patriarca Nicolás I (regía la sede: 901-907/912-925), la obra presente es, a nuestro sentir, de aquellas en que se mella el diente crítico. Recensión filológica, notas, versión francesa tan exacta como elegante, índices de léxico y de citas de autores, todo, cumple el objetivo complementario de plenitud y justeza. Acaso alguien eche en falta para aquélla una escueta síntesis descriptiva y caracterizadora

de los códices fuentes de la edición. Se prefirió la remisión a los artículos en que se estudian.

Señalemos al interés vario de los estudiosos el asunto histórico y disciplinar de las cartas 1-3, que es el de la promoción al patriarcado a los 19 años de Teofilacto, hijo segundo de Romano I, y los tratos a que ello dio lugar con el papa Juan XI (931-935), el hijo de la intrigante *Domna Senatrix* Marozia; también, las 8-10, que atestiguan el nivel refinado de especulación teológica, mantenido en Bizancio en el siglo X, en torno a los problemas de la entidad personal de Cristo, o las 19-20, que se ocupan en los filosóficos de la relación alma-cuerpo. La carta 11, escrita a nombre del emperador, reviste forma de alocución o plegaria a San Gregorio Nacianceno († c. 390), propiciatoria del traslado de sus restos de Arianzo, en Capadocia, a Constantinopla, como se efectuó el 19.I.946 o 947. Al *dossier* de las relaciones de Bizancio con Bulgaria aportan material las cartas 5-7 y son bastantes las que, por el envés de lo político y palaciego, nos asoman a los sucesos anecdóticos de la vida cotidiana en el mundo bizantino. Conjunto, por tanto, digno de tan esmerada edición.

ISIDORO MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO

## II. LINGÜÍSTICA

*Lingue e dialetti dell'Italia antica* a cura di ALDO LUIGI PROSDOCIMI. — Contributi di MAURO CRISTOFANI, GIACOMO DEVOTO, MARCELLO DURANTE, GABRIELLA GIACOMELLI, MARIA GIULIA GUZZO AMADASI, ALESSANDRO MORANDI, MASSIMO PALLOTTINO, ORONZO PARLANGELI, GIOVAN BATTISTA PELLEGRINI, EMILIO PERUZZI, VITTORE PISANI, ALDO PROSDOCIMI, CIRO SANTORO, ALBERTO ZAMBONI, MARIA GRAZIA TIBILETTI BRUNO. Biblioteca di Storia Patria. Esemplare fuori collana in deposito presso A. L. Prosdocimi, Istituto di Glottologia, Università di Padova. Corrisponde al vol. VI dell'opera *Popoli e civiltà dell'Italia Antica*, Roma 1978, 1095 pp.

El Prof. Prosdocimi da cuenta en la presentación de este espléndido volumen de que él mismo sustituye a Parlàngeli, prematuramente desaparecido, en la coordinación de la obra. Explica que no ha intervenido en los trabajos de los distintos colaboradores en busca de una aparente unidad sin contradicciones, y que se ha buscado en general más bien ofrecer información sobre novedades que repetir cosas sólidas y conocidas. Cada capítulo ofrece características propias, de acuerdo con la naturaleza de cada tema.

A la mano maestra de V. Pisani se debe el capítulo de introducción sobre las lenguas prerromanas de Italia. Sabido es que para Pisani las lenguas, como las naciones, las religiones, etc., no son entes que existan por sí, sino «risultato della nostra considerazione che raggruppa tali fatti sotto un determinato angolo visuale» (p. 18). Las lenguas no corresponden a razas, ni «la presenza di una lingua o di una civiltà in un certo luogo significa l'arrivo de masse di nuovi abitanti» (p. 20). Existen lenguas mixtas y se da también la «liga o alianza lingüística», como consecuencia del bilingüismo o plurilingüismo más o menos extendido; en este capítulo se reexaminan los conceptos de sustrato y superestrato.

Fiel a su idea de que la indoeuropeización no supone conquista de territorios, ni menos la sustitución de una población no indoeuropea por otra indoeuropea, Pisani insiste en su idea de que los hablantes de una forma primitiva de indoeuropeo que él llama «protosánscrita», extendidos al modo de los «conquistadores» (así en español), se difundieron por el Occidente y llegaron a Italia. Latín y falisco, osco y umbro con el picénico meridional, mesápico, venético, gálico son las lenguas indoeuropeas de Italia, y quizá con más mezcla de elementos no indoeuropeos, el sículo y el ligur. Como no indoeuropeas subsistieron las lenguas de los réticos, y acaso otras en el norte de Italia (que él piensa se pudieran relacionar con un «nebuloso vasco-caucásico») y el etrusco (que considera como enlace de las raíces indígenas del rético con lenguas de Asia menor como afloran en la inscripción de Lemnos, y que son de tipo mediterráneo).

No existe para Pisani una rama «itálica» que englobe latín y osco-umbro, sino que la semejanza entre ambos grupos es un acercamiento progresivo, mientras que lo antiguo son las diferencias. Pisani sostiene que los latinos llegaron desde el norte, mientras que oscos y umbros proceden del otro lado del Adriático. Y a través de este mar es seguro que llegaron los mesapios.

Este mundo complejo se convierte en un área donde se acercan las diferentes lenguas y se igualan muchos rasgos. Roma comienza por ser un «centro de convergenza» (p. 40) donde latinos, sabinos y etruscos convienen junto con «Illiri avvantisi alla grecizzazione», representados por el Evandro de la leyenda.

El acento fijo en un lugar de la palabra, rasgo occidental presente, a lo que parece, en etrusco también, contrasta con el acento móvil del sánscrito o todavía del ruso. El acento limitado a las últimas tres sílabas de la palabra domina en griego y en latín, y del latín se propaga a las otras lenguas de Italia.

Otro rasgo itálico es la conservación como fricativas de las medias aspiradas del indoeuropeo, y la confusión de *f* y *h* (que sería paralela, pensamos, a la vacilación de las sonoras *b* y *d* del latín como representantes en posición interna de *bh* y *dh*).

Pisani va buscando los focos de las diversas características del conjunto itálico: la palatalización en el mesapio, el paso de *tl* a *kl* en latín y osco-umbro, igualmente que el desarrollo de *sum* (con la variante *sim* en osco) en vez de *\*esmi*. Preindoeuropeo sería el perfecto en *k* y acaso el en *u*; en cambio la formación del gerundio (y gerundivo) correspondería a los infinitivos sánscritos en *-adhīai* < *\*-ṛdhi*. En la idea de la amplia liga lingüística itálica acude Pisani a la «sottolega» cuando la coincidencia es geográficamente más limitada.

Insiste Pisani en su propuesta de que el genitivo en *-ī* proceda del tipo fal. *euotenosio*, vén. *voltiio*, con correspondencias también en mesapio y acaso un ejemplo en el Piceno meridional.

Señala Pisani la herencia prerromana en el latín vulgar, e incluso en los dialectos italianos. Admite (p. 57) la tesis de Menéndez Pidal de que el elemento itálico tenga una parte importante en los dialectos iberorromanos. Es posible que la misma pérdida de la cantidad vocálica se deba al osco-umbro. La diptongación se halla anticipada en umbro y falisco, la evolución *nd* > *nn* en osco, y osco es posiblemente el desarrollo *octo* > *otto*; ya hemos visto que encuentra la palatalización en el sur de la Península, y de allí pudo venir también la pérdida de las consonantes finales.

La larga experiencia de Pisani le guía en esta síntesis, en la que el lector encontrará también interesantes propuestas etimológicas.

En una cincuentena de páginas resume G. B. Pellegrini la onomástica de la Italia antigua. Se define en favor de un sustrato mediterráneo, pero los sustratos

históricos a él superpuestos son mucho más visibles. Ante el preindoeuropeo de Alessio se mantiene más escéptico.

La Sra. Tibiletti Bruno trata en un capítulo del ligur, el lepóntico y el galo. En él subsisten elementos del sustrato tan claros como *pala*. La autora va examinando las breves inscripciones de esta zona (que Lejeune ha clasificado como dialecto celta distinto, aunque no muy alejado, de las inscripciones propiamente galas de Briona y de Todì), y sostiene todavía su pertenencia a una lengua indoeuropea distinta, la que se ha venido designando como lepóntica.

A continuación se hallará en el mismo capítulo un reexamen de la onomástica ligur en sus dos componentes, preindoeuropeo e indoeuropeo.

A la misma autora se debe el capítulo sobre Valcamonica y el conjunto de las inscripciones que se llaman «para-réticas». La comparación con la onomástica de las inscripciones romanas de la región ayuda un poco, pero en conjunto se trata de un material muy difícil, tanto en la grafía como en la interpretación. Para estudiar estos difíciles restos, examina la Sra. Tibiletti Bruno las fórmulas y los distintos géneros de inscripciones (simple nombre de poseedor, dedicatorias, etc.). En algunos aspectos se consideran las semejanzas con el etrusco, tanto en el uso de nominativo y casos oblicuos en las fórmulas, como en la presencia de perfectos en *-ke* o de la *-k* enclítica.

Prosdocimi presenta en un centenar de páginas las inscripciones vénetas, en las que él con Pellegrini es el gran especialista. Admite la relación íntima de esta lengua con el latín. Presenta novedades estupendas, como la inscripción de la p. 277, que es única, y que no copiamos aquí porque sería necesario extractar también las explicaciones.

El problema de la difusión del nombre de los vénetos plantea por otro lado difíciles problemas, sobre los que Prosdocimi (p. 269 s.) sugiere amplias perspectivas temporales.

El análisis de las inscripciones impone una complicada articulación, con centros diversificados. Esta diversificación local se refleja también en el excelente bosquejo de gramática vénetica.

Sigue una nota del mismo Prosdocimi sobre el famoso yelmo B de Negau. Lo sitúa en el siglo II a. C., dentro del germánico del este a que alude Tácito. La escritura es muy antigua, o mejor dicho conservadora, lo que hace verosímiles germanismos en la fecha que se da para la inscripción. El mismo autor había dedicado, en colaboración con P. Scardigli, un amplio estudio al tema en el volumen I de *Italia linguistica nuova ed antica. Studi Parlangèli* (1976).

Breve capítulo de M. Durante sobre el picénico del norte, o sea la indescifrada lengua de Novilara.

Siguen dos capítulos sobre el etrusco: de Cristofani sobre la escritura y de Pallottino sobre la lengua, dos excelentes aportaciones a un problema soluble, el de la escritura en relación con la epigraffa de Pitecusa y Cumas, y a otro insoluble hasta ahora, el de una lengua aislada.

Un trabajo póstumo de Devoto trata del latín de Roma. Con nuevos puntos de vista recoge el maestro cuanto en el último medio siglo ha permitido descubrir en toda su complicación la formación del latín. Esta complicación comienza con lo elusivo de la presencia de los indoeuropeos en Italia como cultura material. Devoto acepta la trascendencia del desciframiento del micénico para ayudar a descubrir elementos griegos en la época más arcaica, mas por otra parte insiste en la plura-



lidad de los elementos indoeuropeos en Italia. Para él las navegaciones, los pueblos del mar, contribuyen a la presencia indoeuropea.

Peruzzi examina en un capítulo el tema de la presencia arcaica de los griegos, al que ha dedicado varios libros. Para él la conexión legendaria entre Pallantium de Arcadia y el Palatino de Roma está confirmada por una serie de etimologías griegas prehistóricas: *fidēs* 'cuerda de la lira', *capis* 'vaso pontifical', *fenestra*, *cuspis*, etc. En una serie de formas descubre vacilación entre *o* y *a*, como en *hasta* 'lanza', *hostio* 'golpear', etc., lo que representaría distintas ramas indoeuropeas.

La Sra. Giacomelli, ya conocida por su monografía sobre el tema, revisa el falisco, poniendo aquélla al día, y comenta las inscripciones.

La rama «itálica» en sentido estricto (osco, umbro, dialectos sabinos) va precedida de una breve introducción de Prosdocimi en la que se adoptan explicaciones sociolingüísticas. Se acepta aquí la explicación de Lejeune que reduce el lepóntico a un dialecto celta distinto del galo, pero próximo a él.

El «itálico» se perfila ahora como algo de más remoto origen, que parece confirma la relación, en la que ya se pensaba, de ciertos elementos de Sicilia con el itálico. La nueva inscripción de Mendolito (siglo VI) apunta a esta conexión precisamente itálica de Sicilia.

Como itálicas, o muy afines, se incluyen las inscripciones del Adriático medio, o Piceno meridional, que trata A. Morandi en un artículo especial. Este material difícil muestra coincidencias seguras con el osco y el umbro.

Prosdocimi ha escrito además la más amplia contribución (pp. 585-788) sobre el umbro, amén de otra (pp. 825-912) sobre el osco. Es muy completa, y se funda en diversos criterios de interpretación, la presentación de las tablas iguvinas, con traducción rítmica. Sobre el osco hay muchas novedades y muchas aportaciones originales.

M. Durante trata de los dialectos medio-itálicos, es decir, los dialectos que geográficamente se extienden entre Umbría y el Samnio. Cerca de ellos estaba el sabino, casi nada conocido, porque el territorio se latinizó muy deprisa. Cada dialecto queda caracterizado en su relación con el osco o con el umbro, con hipótesis sobre posibles desplazamientos de algún pueblo debidos a la presión de los etruscos.

Sobre el mesapio se nos ofrece un extracto de los trabajos de Parlangèli, completados y puestos al día por Santoro. En las 300 inscripciones mesapias aparece una lengua que, en el reflujo del panilirismo, queda más aislada, sin ninguna seguridad sobre su posible relación con el albanés. Se nos ofrece aquí una selección de las inscripciones, además de una lista completa.

Zamboni trata de los múltiples problemas del sículo, campo que en los últimos años ha cambiado gracias a nuevos e incesantes descubrimientos, tanto de inscripciones, que permiten reconstruir pueblos importantes, como los élimos, cuanto en análisis de topónimos y de glosas.

El lector saluda con agradecimiento el trabajo de la Sra. Guzzo Amadosi sobre el púnico, con inventario de las inscripciones en Cerdeña, Sicilia y el mismo Lacio.

El final del volumen, sobre contactos y conflictos de lenguas en Italia, escrito por Prosdocimi, contiene la necesaria referencia al elemento griego. El tema no era desconocido a los lingüistas de orientación puramente histórica, pero ahora el autor lo considera con las orientaciones de la sociolingüística. La pluralidad de lenguas resalta en su contexto político, literario e histórico, con abundante colección de textos de gramáticos, geógrafos, etc. Así aparecen en su ambiente los grecismos en la Italia antigua, y resalta el plurilingüismo de la Campania.

Estamos muy lejos de los tiempos de los *Pre-Italic Dialects* (1933), que en mi juventud parecían ofrecer una base sólida y definitiva. El suelo es movedizo ahora porque los hallazgos se suceden, y con ellos llegan las soluciones, pero también nuevos problemas. Este volumen abundantísimo, rico y desbordante, que nos ofrecen los colegas italianos, con gran número de autores porque el material es cada vez más inabarcable, no da la sensación de algo terminado. El material sigue aumentando, y el trabajo científico ha de seguir. Lo que ayer parecía sólido ha de ser discutido de nuevo.

ANTONIO TOVAR

PULGRAM, ERNST. — *Latin-Romance Phonology: Prosodics and Metrics*. München, Wilhelm Fink Verlag, 1975, 301 pp.

Establece P. una tajante diferencia entre «Spoken Latin» y «Written Latin» (abreviaremos SL y WL, respectivamente): el uno tiene una continuidad sin interrupción desde los primeros textos a los modernos dialectos románicos; el otro, cuya fecha decisiva de divergencia del anterior sería el siglo III a. C. (con la influencia griega asimilada por la clase alta), se detiene (especialmente durante el período clásico). Acento, cantidad vocálica, métrica y comportamiento en la cadena hablada son distintos en ambos.

En lugar del llamado acento de intensidad inicial se supone uno enfático que recibieron ocasionalmente (también en su comienzo) cierto tipo de palabras y que, convertido eventualmente en un rasgo regular de las mismas y siendo fonéticamente más intenso que el gramatical, «brought about the vocalic phenomena usually laid to initial stress» (p. 101). Podría ser objeto, observamos, de alguna de las críticas dirigidas al primero: p. ej., ¿por qué aparecen más alteradas las vocales de la sílaba interna que las de la final?

El acento del SL fue, se nos dice, principalmente de intensidad y pertinente, mientras que en el WL es posible que se diera uno de predominio musical (sobre todo en métrica y por influjo griego) y sin función distintiva. De este último, se formula su «three-syllable-rule», no en términos de cantidad silábica, sino de «peso» silábico (sílaba «light», la abierta y con vocal breve; «heavy», cualquier otra).

Una lengua posee, aparte de palabra, «nexus» («a sequence of two or more lexemes joined in such a way that all of them behave phonologically —segmentally and prosodically— like a single lexeme in citation form», p. 74) y «cursus» (un «nexus», pero «it must in addition to be bounded by pauses», *ibid.*). Pues bien, el WL es «cursus language»: de los acentos correspondientes a los lexemas de un «cursus» sólo se señaló obligatoriamente el último. Por tanto, ¿en el «cursus» se pierden las funciones culminativa y delimitativa del acento? Distinto es el caso del SL, en donde el acento es pertinente y no puede ser suprimido de aquella forma: estamos en una «nexus language». La silabación viene a ser igual en ambos «dialectos», pero con esta «general typological difference» en la cadena hablada.

Mediante el «peso» silábico pueden ser establecidas las propiedades prosódicas del WL, métrico y no métrico. P. ej., la abreviación yámbica se debe a cambio de «peso» silábico más que de cantidad silábica; por otro lado, el hecho de que este «aligeramiento» no pueda tener lugar en un latín cuyo acento esté completamente

neutralizado, lleva a concluir la existencia de dos tipos de WL: el «cursus» puede suponer «obliteration» sólo a nivel segmental o también al de suprasegmento.

Pasemos a aspectos métricos más concretos. El verso saturnio es más convincentemente medible como acentuativo (aunque este tipo de métrica, se nos hace observar, no es incompatible con una lengua con cantidad pertinente). Las comedias de Plauto se escribieron teniendo en cuenta la cantidad, pero se ejecutaron acentuativamente; también las cláusulas de la prosa pueden entenderse gozando de ambos «dialectos».

Sorprendente parecerá lo afirmado acerca de la regla de largas *positione*: fue tomada de los griegos y supone el alargamiento de la vocal. En lo que hace a lo primero, la conocida obra de Zirin nos razonaba su falsedad (o su sinsentido) por actuar estas sílabas respecto al acento como largas; en cuanto a lo segundo, si se las acepta «por convenio», es innecesario de entrada. ¿Por qué, pues, nos dice esto P.? Sencillamente, aquí le ha llevado el hacer prevalecer su «peso» silábico sobre la cantidad de la sílaba (de la que ya no depende el acento); además, como la cantidad es un rasgo (pertinente) del WL, no hay peligro del compromiso de los resultados románicos.

Admitido el «cursus», la coincidencia o no entre *ictus* y acento es cuestión marginal (en WL); que ésta se dé, p. ej., en los dos últimos pies del hexámetro es, manifiesta P., simple resultado de la preferencia del poeta por determinada longitud de las palabras en esta posición. Pero lo que a este último propósito no se nos deja claro es cómo hay que concebir la métrica verbal en el conjunto del verso o, mejor, cómo se entiende la cesura: ¿ocurre ésta donde acaba el «cursus»? Pero ¿cómo se explicarán entonces las cesuras en elisión, en enclisis y en composición? Elisión y enclisis son fenómenos claves para determinar el «cursus». En resumen: ¿cómo se compagina la importancia de la longitud de la palabra en el verso, algo innegable hoy día, con la «anulación» de la misma en el «cursus»? Y, puesto que el «cursus» está limitado por pausas, ¿volvemos a una cesura como corte pausal?

La pérdida de la cantidad vocálica se debería a la eliminación de un rasgo redundante (iba ligada al carácter de abierta o cerrada de la vocal); la influencia griega la habría hecho «resucitar» (a partir del siglo III a. C.) en el WL. De aquí que, precediendo a la métrica del WL y (más tarde) coexistiendo con ella, se diera una del SL, acentuativa y popular. Al lado de versos puramente cuantitativos (en WL) y de versos acentuativos (en SL) hay otros pseudoacentuativos de quienes, pretendiendo escribir en WL, no lo conocen bien y fallan.

Vemos, en suma, un libro lleno de sugestivas teorías (mantenibles en muy diversos grados), con abundantes e informadas notas y precedido de una amplia bibliografía (en la cual se observa una inexcusable ausencia de trabajos españoles básicos para el tema). Pero, para defender un cambio copernicano como el que su planteamiento básico, llevado a las últimas consecuencias, supone, le falta ante todo, pensamos, pruebas de mayor peso que las dadas por P.

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL